

REFLEXIONES

Lobos y hombres

■ El hombre tiene una extraña relación con los animales. Domestica a unos, se sirve de otros, se come a no pocos y siente curiosidad, temor o respeto por el resto.

A cada uno de ellos le reconoce, por lo menos, un mérito. Así, se habla de la memoria del elefante, de la agilidad de la pantera y del señorío del león, de la fidelidad del perro o la laboriosidad de las hormigas. Sin embargo, hay un animal al que todavía no se le ha encontrado gracia alguna y su mala reputación es siniestra: el lobo.

Desde pequeños aprendemos a temerle y a odiarlo. En los cuentos infantiles es siempre "el malo de la película"; él es el que se come a la abuela de Caperucita Roja y él el que pretende destruir la casa y comerse a los ingenuos tres chanchitos.

Para comprobar la santidad del más santo —San Francisco—, nace la leyenda de que su bondad fue capaz de lo imposible: apaciguar la ferocidad de un lobo. Mucho antes de que los monstruosos Drácula y Frankenstein vagaran por el mundo concitando el terror de lectores y espectadores de cine, en Europa Central se narraba a media voz la historia de "hombres lobos" que en las noches de luna saciaban su sed de sangre devorando a virginales doncellas e inocentes niños. Cuando Herman Hesse narró la historia de un hombre solitario, intratable e insociable, le puso por título a su novela: "El Lobo Estepario".

Con tanta mala fama, parecía que el lobo era irredimible.

Sin embargo, un zoólogo norteamericano con un apellido bastante latino, Barry López, se ha lanzado a la impropia tarea de rehabilitar a los lobos. Su libro "Sobre los lobos y los hombres" es aparentemente el primer documento que pretende presentar al feroz animal como una bestia simpática.

El profesor López pasó un largo

periodo en el noroeste de Estados Unidos, donde abundan los lobos, y en Alaska, donde su carne es uno de los platos favoritos de los esquimales. Con interés científico se dedicó a estudiar a los lobos dentro de su ambiente natural, para llegar a la conclusión de que ese animal no tenía una conducta especialmente insidiosa. Es igual que los hombres, explica el profesor López, que gusta de la vida familiar y en comunidad con sus semejantes y que, al igual que los hombres, está expuesto a una serie de contingencias que lo hace, cuando ellas se producen, ser agresivo. Sufre, a veces, de hambruna y de enfermedades que lo llevan a actuar en forma destructiva, pero nunca ataca sin una fuerte motivación.

Uno de los capítulos más interesantes del libro del profesor López está dedicado a la forma de comunicación que tienen los lobos entre sí. Esta comunicación se produce a través de la voz, en diversas maneras —aullando, gruñendo o ladrando—, según la forma que tome su cuerpo —expresión facial, posición de la cola, posición del lomo— y también produciendo determinados olores.

Lo más importante del estudio del zoólogo norteamericano es su posición en orden a que para estudiar a un animal es necesario conocer las circunstancias en que vive y que son determinantes en su conducta con extraños. Y eso, que parece tan simple, es una regla que también se puede aplicar al ser humano, al que juzgamos ligeramente, ignorando, muchas veces, el medio de donde procede.

Si las similitudes entre los lobos y los hombres son tantas, según afirma el profesor López, hay algo que anda mal. Puede ser que el lobo no sea tan feroz como lo pintan o, también, que el hombre no sea tan civilizado, como alardea.

Una de dos.

PARTIQUINO